

Entre dos épocas y dos mundos*

SERGIO VILLALOBOS R.

El hombre europeo del siglo XV, acostumbrado a la vida recogida del feudo, la aldea o la urbe de callejuelas retorcidas, apenas sabía de otras regiones y de mares lejanos. Su mente abarcaba difícilmente el propio continente, una lejana isla llamada Islandia, la costa ardiente del norte de Africa, los puertos del Asia Menor y las tierras del Este, donde los pueblos asiáticos, mal conocidos y peor conceptuados, entraban en contacto con la civilización europea.

En el Mediterráneo, un comercio lento conducido por barquichuelos pesados y remolones unía los diferentes puertos europeos, principalmente Gé-

*El profesor e historiador Sergio Villalobos escribió un ensayo mientras permaneció invitado en la Universidad de Cambridge, Inglaterra, en 1972, que fue publicado por la Editorial Universitaria con el título *Para una meditación de la Conquista*. El cuadro de la Conquista, visto generalmente como una aventura heroica, es presentado por el autor como un gran proceso en que intervienen todos los elementos de la historia. El mismo Villalobos dijo al respecto: "Varios mitos de vieja y nueva data han sido desechados, ateniéndose solamente a la verdad que mana de los documentos. Así hemos superado la llamada "leyenda negra" que, inspirada en el liberalismo, recargó los tonos grises, sin buscar su explicación ni tratar de comprender. Del mismo modo, superamos la "leyenda rosada" basada en una mentalidad conservadora y de sentido no menos político que la anterior, que ha tratado de glorificar a España torciendo el sentido de los hechos. Este es un enfoque ajeno a idealizaciones superficiales y declamaciones laudatorias, porque simplemente hemos buscado la realidad".

"Entre dos épocas y dos mundos" es la primera parte de este ensayo, donde en forma muy amena describe el autor la transformación psicológica experimentada por los principales conductores de la Conquista de América. Una mezcla de ambiciones desmedidas, de idealismos y sacrificios es lo que provoca la gigantesca aventura.

nova y Venecia, con los del Cercano Oriente, donde concurrían las caravanas de dromedarios y caballos, salidas de quizás qué extrañas regiones, que portaban la seda, las perlas y, sobre todo, las codiciadas especias.

Aquellas mercancías, provenientes de la India, las islas Molucas, la China y otras regiones, antes de alcanzar las orillas del Mediterráneo debían pasar por muchas manos, navegar mares hostiles y recorrer mesetas, estepas y desiertos, bajo el acecho de tribus agresivas siempre dispuestas a sacar su parte en el negocio; de manera que el tráfico, además de lento y caro, tenía mucho de aventura. Para peor de males, los mercaderes venecianos y genoveses con sus fieles capitanes señoreaban las aguas del Mediterráneo imponiendo la ley y el precio.

Para los pueblos cristianos fue una desventura en el orden religioso y en el más prosaico del comercio la caída de Constantinopla en poder de los turcos el año 1453. El tráfico por aquel rumbo sufrió serias perturbaciones y las naves turcas, cada vez más numerosas e insistentes, infestaron las aguas del Mediterráneo, cruzando los derroteros más frecuentados, asaltando barcos y poniendo en jaque a los puertos.

Pero el comercio, como aluvión todopoderoso que destruye barreras y busca nuevos cauces para su caudalosa corriente, debía ser la fuerza dinámica que rompiese los ceñidos horizontes del hombre europeo. En aquel mundo complejo del naciente capitalismo, con sus mercaderes, banqueros, armadores de barcos y su intrincada red de agentes, todos ellos creadores de empresas, expediciones y aventuras lucrativas, gestábase las fuerzas expansivas de la Europa moderna.

¿Cómo alcanzar las islas de las especias y los puertos del Catay y del Cipango? ¿Cómo esquivar a los beduinos y a los turcos, y también a los venecianos, que no por ser cristianos resultaban menos enojosos?

La respuesta sólo podían darla los conocimientos geográficos y el desarrollo de la técnica naval y de la navegación que, afortunadamente, por las necesidades del tráfico habían experimentado algunos avances y estaban en situación de rendir grandes servicios, pese a que aún era necesario hermanar la técnica con la valentía y la fortaleza de espíritu, hasta en los viajes rutinarios.

Las naves habían mejorado sus condiciones marineras mediante arboladuras más complicadas y mayor superficie de velamen, que permitían captar los vientos contrapuestos y hasta las más sutiles ráfagas, al mismo tiempo que el uso del timón o gobernalle facilitaba los rápidos cambios de rumbo. Dotados de esos elementos y disponiendo de mayor espacio para alojar tripulación, carga y alimentos, los barcos del nuevo tipo, carabelas, urcas y gale-

ones, parecían aptos para adentrarse en alta mar y vencer los grandes espacios oceánicos.

La adopción de la aguja magnética permitió conocer la dirección de los puntos cardinales, y la invención del astrolabio, un curioso y simple armatoste que se apuntaba hacia el sol o hacia alguna estrella, para determinar la latitud de un lugar. Empleando hábilmente esos instrumentos, los pilotos lograban establecer la ubicación de la nave y determinar el rumbo valiéndose, además, de los portulanos, antepasados de las cartas geográficas, donde aparecían groseramente dibujadas las tierras conocidas y otras imaginarias, según los datos recogidos por cada cosmógrafo o el vuelo de su fantasía.

En la nueva etapa de las exploraciones geográficas, Portugal y España jugaron un papel determinante como espolón de avanzada hacia el Atlántico. Su posición desmedrada para el comercio con Oriente y la pujanza de sus expediciones navales, protegidas por las autoridades, debían conducir sus barcos hacia nuevas regiones. En unas pocas décadas aparecieron en los mapas los nombres de las islas Azores, las de Cabo Verde y las Canarias; y luego las naves portuguesas, descolgándose unas tras otras por el litoral africano, reconocieron las formas macizas del continente avanzando en cada expedición un nombre: Cabo Bojador, Cabo Verde, la Mina, Guinea...

Mientras los portugueses se afanaban en alcanzar el extremo de Africa, que les dio finalmente el paso a la India, Colón se empeñó en buscar el rumbo por el occidente, logrando arrastrar a la corona de Castilla tras sus ilusiones y su voluntariosa determinación.

¡Curiosa expedición la de aquel genovés testarudo y hosco! Tres barquichuelos miserables para una empresa descabellada que sólo podían impulsar la perspectiva de grandes riquezas, la obstinación y la mística de su autor.

Pero así habría de ser toda la conquista del Nuevo Mundo: medios precarios, valentía y grandes ambiciones.

Cuando la nao *Victoria*, última reliquia de la expedición de Magallanes, regresó a Sevilla después de dar la vuelta al mundo, su capitán, Sebastián Elcano, obtuvo entre otras recompensas un escudo de nobleza. La hazaña bien merecía esa distinción; pero el hecho curioso y significativo es que entre los símbolos nobiliarios campeaban el clavo de olor y la nuez moscada, dos nuevas figuras que saltaban así del tráfico del comercio al campo de la heráldica. Eran indicios de una nueva época que cedía al paso arrollador de la expansión capitalista.

En la empresa de América debían confundirse guerreros y mercaderes, aportando unos la espada y los otros la bolsa llena de doblones, ya fuese en

grandes expediciones que necesitaban de fuertes recursos o en otras pequeñas, mal apertrechadas.

En las primeras, el papel de los mercaderes, armadores de naves y financieros, era primordial, mientras que en las segundas el pobre aporte de un prestamista de ínfima categoría o el dinero que difícilmente lograba reunir el capitán, parecían insignificantes frente a la determinación de los expedicionarios.

En las grandes empresas el propósito económico de la inversión con fines de lucro aparece muy claro. La misma expedición de Colón tiene ese sello si se piensa en las ganancias que el futuro Almirante y la Corona esperaban alcanzar sin que fuese éste el único propósito. Y, seguramente, no habría habido expedición sin el apoyo diligente de Martín Alonso y Vicente Yáñez Pinzón, dispuestos a entregar sus naves y a embarcarse en la aventura con la vista puesta en el futuro. Eran de aquellos marinos acostumbrados a los viajes lucrativos, prestos a discutir el precio de la jarcia, el vino y la galleta marinera, regatones de mercado y hábiles navegantes, siempre deseosos de poner sus barcos en el negocio.

Una vez producido el descubrimiento, las expediciones navales se multiplicaron y, aunque han sido llamadas "viajes menores" y siempre se las ha estudiado desde el punto de vista de los descubrimientos geográficos, los fines principales eran muy diferentes. Juan de la Cosa, Juan de Ojeda, Rodrigo de Bastidas y tantos otros recorrieron los vericuetos de la costa caribeña, buscando entre los indios sus escasos colgajos de oro, las piedras preciosas y las perlas. Vespucio y Solís se desplazaron hacia el sur, y Magallanes, con el fuerte respaldo de la corona, se lanzó a la búsqueda del paso que habría de conducirle a las islas de las especias y a la fama.

Pero sin lugar a dudas, fue la conquista de Venezuela, entregada por el rey de España a la compañía de banqueros alemanes Welser, el caso más nítido de la influencia de los intereses financieros en la conquista del Nuevo Mundo.

Menos aparente, aunque no menos real, es el papel del dinero en las expediciones terrestres de regiones apartadas, donde el carácter militar se presenta más fuerte. Infinidad de pequeños destacamentos, alejados de los principales focos de la conquista, no necesitaron más que unas cuantas vituallas, un poco de hierro, armas y escasos caballos, que algún pobre mercader, mitad negociante y mitad soldado, pudo proporcionar o que el capitán, echando mano de cuanto dinero había juntado en una conquista anterior, logró comprar a precio exorbitante. No era raro tampoco que cada hombre se equipase con su propio esfuerzo, poniendo como capital un caballo muy sufrido, dos o tres cotas de malla y, en el mejor de los casos, un arcabuz. Esos

elementos eran buenos para dominar un mundo que luego soltaría sus recompensas.

La red de los negocios marchaba en la avanzada de cada expedición. En plena conquista de Nicaragua, cuando aún se luchaba fieramente, llegaba un comerciante cargado de mercancías europeas adquiridas a crédito a agentes mercantiles genoveses establecidos en la isla de Santo Domingo. Y en relación con Chile, aún no poblaban los castellanos cuando los banqueros alemanes Függer, tan ligados a la gestión de Carlos V, y ciertos mercaderes genoveses, separadamente, tiraban sus líneas comerciales en proyectos que finalmente fracasaron.

A través de todas esas gamas es perceptible la mayor o menor influencia del capitalismo naciente, que en América, mejor que en ninguna otra parte, merece el nombre de capitalismo aventurero.

Sin embargo, el cuadro no es tan simple. Otros elementos de la época y especialmente el carácter del pueblo español, matizaron el proceso de la conquista.

No fue sólo una coincidencia que el año de gracia de 1492 los Reyes Católicos rindiesen el último baluarte moro de Granada y que Colón, en una mañana regocijada, llena de luz tropical, descubriese las nuevas tierras de América.

Con aquellos hechos concluía, por una parte, la gran empresa bélica que había unido el esfuerzo de los reinos cristianos de España y, por otra, se abría un horizonte ilimitado, con sus sorpresas y hallazgos, hacia donde se volcaría el empuje del pueblo español. La tarea de América sería la continuación de la anterior y en ella se prolongarían las costumbres y el modo de ser de la sociedad hispánica forjada en la guerra secular y orientada por el espíritu bélico y el espíritu religioso.

La lucha contra los árabes valoró todo lo relacionado con la guerra y llegó a crear un tipo, el guerrero, que simbolizaba las mejores virtudes y constituyó un grupo privilegiado dentro de la sociedad. Sus actividades estaban vinculadas solamente con la guerra o la preparación para ella y un sentimiento moral, la honra, guiaba su conducta. Su linaje debía ser puro, sin mezcla de sangre mora ni judía, no podía desempeñar oficios manuales propios de villanos o plebeyos, y debía cuidar su prestigio, viviendo con largueza si era posible.

El espíritu religioso, fortalecido en el alma española por la lucha contra el infiel, dio a aquella guerra el carácter de una cruzada, en la que se reconquistaban tierras y, al mismo tiempo, se destruía o dominaba a los enemigos

de la fe. Por eso, junto al caballero, blandiendo muchas veces la espada, se encontraba el sacerdote, y su figura llegó a ser símbolo de una actitud colectiva.

La nobleza guerrera tuvo una jerarquía que distribuía a los hombres según sus antecedentes, méritos y riquezas. En el primer escalón, una baja nobleza compuesta por infinidad de hidalgos pobretones, carentes de bienes, que debían pasar la vida arrimados a parientes más ricos o empleando su espada y su caballo donde quiera hubiese lucha o aventura. La alta nobleza, compuesta de duques, marqueses, condes y barones, gozaba, en cambio, de grandes posesiones, castillos y palacios y llevaba una existencia holgada.

Bajo esos dos grupos se situaban los villanos del campo y los plebeyos de las ciudades, formando un substrato sobre el cual descansaba todo el esfuerzo y el trabajo productor que sustentaba a la sociedad. Allí estaban labriegos, herreros, sastres, carpinteros, panaderos, criados, arrieros de mulas, andantes de las calles y buscavidas, en fin, todos "los que viven por sus manos".

Nuevas concepciones y nuevas categorías como las del comerciante y el letrado, se diseñaban hacia la época del descubrimiento de América; pero quienes se lanzaron a las nuevas tierras traían principalmente las ideas, prejuicios y ambiciones propios de la vida señorial.

Cuando las sorprendentes noticias de ultramar comenzaron a circular por España, la alta nobleza se contentó con escucharlas y maravillarse, sin sentir una atracción tan fuerte como para abandonar la cómoda situación que poseía. En cambio, los grupos más bajos vieron grandes posibilidades y, sin tener nada que perder, se arriesgaron en la aventura americana, que podía depararles algún golpe de fortuna. El oro de los indígenas, los tesoros y las perlas brillaban en su imaginación creyendo que rápidamente regresarían al terruño a instalarse como señores enriquecidos.

Pasado el primer momento, en que la realidad esplendorosa y las alucinaciones se confundían, hubo que conformarse con menos y muchos vinieron con ánimo de instalarse, formar su casa, explotar lavaderos de oro, disponer de tierras y utilizar el trabajo de los naturales, alcanzando así una posición que jamás lograrían en España. Ese fue el ánimo de muchos hidalgos, que con su espada y capa solamente, pasaron al Nuevo Mundo. El mismo propósito albergaban infinidad de villanos y plebeyos, que se mezclaron con los hidalgos compartiendo el hambre y la gloria. Ellos formaron el grueso de los contingentes y tratando de hacer olvidar su modesto origen se adueñaron del estilo de los hidalgos y de sus ambiciones.

La época era de cambios y en el ambiente de América, lleno de posibili-

dades, las viejas categorías se relajaban sin remedio. El fenómeno comenzaba en la misma España, donde mercaderes, letrados y funcionarios estaban de alza, accediendo a la hidalguía y otros honores. No tiene nada de extraño que un villano consumado como Diego de Almagro, amén de hijo natural, lograra, por sus servicios la hidalguía, un escudo de nobleza y el alto rango de adelantado.

Para la mayoría de los conquistadores, exceptuados los mercaderes y prestamistas, la riqueza no tenía el sentido capitalista de la inversión rentable multiplicadora de riqueza, sino que era el medio para alcanzar el más alto estrato de la vida señorial. Y en esa brega, si se quería tener honra y gozar de buena opinión, había que dejar de lado la tacañería, para llevar una vida ostentosa, gastar con magnificencia y mostrarse generoso con amigos y servidores.

En el alma y en las actitudes del conquistador aún alentaba la ética medieval.

La nueva atmósfera, sin embargo, se metía por todos los poros y no es fácil diagnosticar cuándo un guerrero o un gran señor había sido cogido por el espíritu capitalista.

Hernán Cortés comenzó a tomar ínfulas de gran señor desde que el éxito de sus armas le dio renombre y holgura. En Ciudad de México hizo construir un gran palacio de piedra adornado con madera de cipreses, cuya suntuosidad produjo murmuraciones. En el interior había gran despliegue de tapices; la vajilla era de oro y plata y numerosos servidores atendían a los detalles dirigidos por un maestresala.

Ni siquiera la ruda campaña a las Higueras despojó a Cortés del séquito señorial. Allá le acompañaron un mayordomo, un maestresala, un despensero, un botiller, un repostero, un encargado de la vajilla de oro y plata, un camarero, dos médicos, muchos pajes, ocho mozos de espuela, un caballero, dos cazadores halconeros, músicos que tocaban chirimías, sacabuches y dulzainas, un volteador y un prestidigitador y titiritero.

El contraste con la realidad no pudo ser más duro. La expedición fue un desastre; el séquito fue raleado por los sufrimientos y el hambre, y en muchas ocasiones no hubo ni granos de maíz que echar a la vajilla tan lucida.

El aparato del señor debía sustentarse necesariamente de un esfuerzo productor, faenas, trabajadores indios, capataces y diligencias comerciales que en la práctica no diferencian la formación de la riqueza entendida a la manera señorial de la riqueza capitalista. Los mismos conquistadores parecen no separar ambos sentidos y sus empresas económicas se organizan cuidadosamente, con gran preocupación por la utilidad creciente.

Cortés comenzó regateando a sus soldados parte del botín a que tenían derecho, para hinchar su propia bolsa y fundar la base de su prosperidad. Asegurada la conquista, sus bienes se acumularon hasta constituir una inmensa fortuna. Parte considerable de la tierra quedó en sus manos, veintitrés mil indios tributarios le proporcionaban subidas rentas, y el trabajo de los nativos le permitió establecer faenas variadas en sus posesiones; crianza de muchos ganados de vacunos, caballares y porcinos, cultivos de trigo y maíz, cañaverales e ingenios azucareros, plantaciones de moreras, campos de algodón y talleres textiles, minas de plata, lavaderos de oro y construcción de barcos.

Preciso es reconocer que la magnitud de aquel imperio económico impide contemplar a Cortés exclusivamente como un guerrero de ademanes caballerescos.

Su actitud era general entre los conquistadores, y en Chile el mismo Valdivia, dentro de la pequeñez del escenario, hace crecer su fortuna; se asigna como chacra el sector norte del río Mapocho, todo el valle de Lampa, gran parte de la comarca de Limache, el valle de Elqui, el valle de Arauco y una encomienda adicional en la ciudad de Valdivia. Además, sin quedarse corto, solicitó al rey la octava parte de la tierra descubierta, una ayuda de cien mil pesos, un salario anual de diez mil y licencia para introducir dos mil esclavos libres de derechos.

Pero no solamente el oro y la búsqueda de una nueva situación social movían a los castellanos, sino toda una amplia gama de propósitos.

La simple aventura, la embriaguez del peligro y la respuesta al desafío de la naturaleza y del hombre americano, jugaron un papel significativo entre aquellos jóvenes orgullosos que fueron la mayoría de los conquistadores.

También la curiosidad ante el enigma de la selva, de la región que se escondía más allá de una cordillera o de un desierto, era un estímulo poderoso, y la naturaleza americana, con su increíble variedad, jamás decepcionaba a los curiosos, como el cronista Fernández de Oviedo, que a fuerza de ver animales y plantas extrañas y de escuchar las descripciones de otros conquistadores, pudo escribir un libro sobre la materia cuando el rey se lo pidió.

Otro buen ejemplo es el de Alonso de Ercilla que, como él escribiera, "siempre fui inclinado a inquirir y saber lo no sabido". En su vida hay un hecho elocuente: cuando la expedición de Hurtado de Mendoza tocó el seno de Rolancaví, poniendo allí fin a la exploración, Ercilla con unos cuantos hombres se embarcó en una piragua y llegó hasta una pequeña isla que se divisaba enfrente, con el ánimo de alcanzar más adelante que cualquier otro. Dejó a los hombres en la playa y, entrando algunos pasos en el bosque, grabó en el grueso tronco de un árbol:

Aquí llegó donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla que el primero,
en un pequeño barco deslastrado,
con sólo diez pasó el desaguadero...

Ahí quedaba, en unos versos difícilmente escritos en la corteza rugosa, un buen testimonio del espíritu de aventura, de la curiosidad y del orgullo por la hazaña cumplida.

En el espíritu del conquistador, junto a las ambiciones personales y los deseos más egoístas, palpitaban también algunos ideales de sentido superior; aunque muchas veces simplemente se les utilizaba en provecho personal.

Incorporar y someter las tierras americanas era servir a Dios y al rey, luchar contra infieles y expandir la fe, ampliar los dominios del monarca y acrecentar su poder. Todo ello iba confundido dentro de la mentalidad unificadora de la época, que traspasaba los actos de gobierno con la impronta de la religión, y por eso, quizás, los conquistadores se sentían profundamente justificados en sus acciones, incluso en las mayores barbaridades cometidas con los indios, que aparecían razonables "porque así convenía al servicio de Dios y de Su Majestad", frase repetida hasta la saciedad en crónicas y documentos.

Después de la acción exitosa de los Reyes Católicos, que significó unidad y centralismo, y luego con el desbordamiento de España tras la aventura imperial de Carlos V y su misión universal, la monarquía aparecía realzada en su prestigio.

¡En todas partes España, con sus armas victoriosas y su poder en expansión! ¿No era aquél un momento de gloria nacional, que los conquistadores vivían profundamente? Si habían probado el triunfo en los escenarios de Francia, Italia y Flandes, era natural que sintiesen la conquista como una prolongación de aquella tarea y que la persona del rey se transformase en un símbolo orientador.

Agregar un nuevo territorio a los dominios del monarca era sentir sobre los hombros el peso de una responsabilidad hacia la corona y España.

El servicio del rey no era ajeno a las propias ambiciones, porque la causa del monarca permitía adquirir mérito personal y acceder a las recompensas. Explorar, conquistar tierras, fundar ciudades y asentar el dominio español realzaba a quienes participaban y les dejaba en buenas condiciones para solicitar favores y gratificaciones. Si en esas tareas se había gastado el propio dinero o se había participado con un caballo, arcabuz, cota de malla o cualquier implemento valioso, el mérito era mayor. Las expectativas de recom-

pensa eran aun más fuertes si se había mantenido a algún compañero, participado con algunos negros y se habían sufrido grandes penurias y hasta daño físico.

Sirviendo al rey, los capitanes obtenían gobernaciones, diversos títulos, poder y riqueza, mientras los demás vivían a la espera del botín, una encomienda, tierras y algún cargo menor.

Dado que el rey, como soberano, era el que dispensaba todas las mercedes, sólo sirviéndole se podía medrar y alcanzar mejor situación. Por esta razón, los conquistadores, cuando creían haber alcanzado algún mérito, levantaban "informaciones de servicio" ante escribano y con buen número de testigos. Allí se consignaban las hazañas realizadas, los gastos efectuados y cuanto hecho resultase meritorio, sin escatimar exageraciones y adjetivos.

Afanarse en la causa del monarca era afanarse en la propia causa.

El carácter religioso daba seguridad a los castellanos, pues tenían la certeza de cumplir una misión divina que no admitía vacilaciones. Así podían entrar a sangre y fuego, blandiendo la espada y la cruz, sin que les pareciera una enormidad. La protección celestial no les abandonaba jamás, y cuando en el fragor de la batalla la derrota amenazaba, el Apóstol Santiago, resplandeciente de blancura en su brioso corcel, se metía en el escuadrón y avanzaba cortando cabezas indígenas a diestra y siniestra, aunque ningún español pudiese verlo, porque todos eran grandes pecadores...

Si bien la multitud de conquistadores no percibía o no quería comprender el antagonismo entre la fe cristiana y sus bellaquerías de cada día, no es menos cierto que la corona procuró suavizar la conquista e imponer la justicia, y que en esto tuvo el apoyo de muchos sacerdotes que con rara constancia libraron una lucha irremediablemente perdida. ¿Qué podían hacer unos cuantos sacerdotes venerables y algunos celosos funcionarios del rey que ordenaban respetar el hermoso contenido de diversas reales cédulas, contra el interés desbordado de los dueños del Nuevo Mundo? Cuando mucho, introducir un temor o frenar momentáneamente los abusos, que debían reaparecer a la vuelta de los días.

Tampoco el espíritu misional que guiaba a los hombres de sotana contagiaba mucho a los rudos soldados, sobre todo cuando en lugar de meditar en la salvación de las almas era necesario enviarlas cuanto antes al infierno, porque el ataque arreciaba y el propio pellejo vale más que todas las buenas intenciones.

La presencia de los sacerdotes marcaba el propósito de expandir la fe de Cristo no obstante los riesgos de cada momento. Ellos emprendieron esa tarea con mezcla de heroísmo y mística, procurando hacer de la conquista una misión elevada. Muchas figuras entregaron su vida a ese ideal y renunciando

a la tranquilidad sobrellevaron penurias indecibles. Por otra parte, en esta Iglesia andante de América se generó un movimiento de protección del indio, que tuvo mil incidencias locales y que, planteado en España, tuvo repercusiones gubernativas; pero también hubo sacerdotes que contradijeron el punto y que, poco adeptos a la causa de los indios, apoyaron el empleo de las armas contra ellos.

En los hechos reales, muchas veces la conducta de los eclesiásticos fue oscura, y para entenderlo hay que recordar que aquélla era la época relajada en que se gestó la Reforma. La situación tenía que ser peor en las nuevas tierras, aún no organizadas y carentes de una sociedad estable, donde ocurrían todos los roces imaginables y donde acechaban todas las concupiscencias, comenzando por el poder, la riqueza y la lascivia.

Hubo sacerdotes que cohonestaron las crueldades de los conquistadores, que personalmente abusaron con los indios, se aprovecharon de su trabajo y sus bienes, y tratándolos como esclavos traficaron con ellos.

El desorden en el clero fue parte también en las rivalidades y luchas de los castellanos, como recuerda Cieza de León, el cronista de las guerras civiles del Perú: “Ya es plaga y adolencia general en estos infelices reinos del Perú no haber traición, ni motín, ni se piensa cometer otra cualquier maldad que no se hallen en ella por autores o consejeros clérigos o frailes”.

Está claro que la Iglesia, compuesta de hombres, no podía escapar a los contrastes del momento.

Finalmente, en el vasto cuadro de la Conquista no todos los hechos son actitudes colectivas anónimas, sino que hay en ella el rastro de fuertes individualidades, que marcaron su acción con gestos imperiosos.

Aquel sello individual de las grandes figuras significó marcar y remarcar la propia personalidad y alcanzar en vida y también más allá de la muerte, una gloria que ambicionaban tanto como el poder y la riqueza.

Juan Ponce de León busca entre manglares y selvas la Fuente de Juvencia, que habría de darle la eterna juventud y en ello, al fin, le va la vida. En el istmo de Panamá, cuando Balboa y sus hombres están a punto de alcanzar la cumbre desde donde se avizora la Mar del Sur, según anuncian los guías indígenas, el capitán ordena detenerse al grupo y se adelanta a solas para ser el primer español que haya contemplado el nuevo océano. Y cuando los soldados se le juntan, pide al escribano que le dé testimonio de aquel hecho para memoria eterna. Se extiende el acta respectiva con el nombre de todos los expedicionarios y hasta es incluido un negro, subiéndolo así al carro de la gloria.

Días más tarde, cuando han logrado descender hasta la playa, Balboa retiene una vez más a sus compañeros para entrar el primero en el agua. Pero

como el mar ha dejado gruesas capas de lama, espera sin prisa que vuelva a subir la marea para no ensuciarse —la gloria bien podía esperar un poco— y luego entra con el pendón de Castilla en una mano y la espada en la otra.

Pronto se le reúnen los soldados, deseosos de palpar el triunfo, y beben el agua con las manos, como quien desea probar la gloria a sorbos, que al fin y al cabo les resulta bastante salada. Pero hasta en un hecho tan trivial encuentran la manera de señalarse: han comprobado que aquella agua es tan salada como la del otro océano.

Un soldado de la última fila, enclenque y poco amigo de blandir la espada, Alfonso Borregán, arrastró sus miserias en el Perú mientras pergeñaba una crónica sin estilo ni gramática, que fue la confidente de sus penas y de su orgullo herido. Obsesionado con la importancia de su testimonio, se dirigió a España como pudo para que se autorizase la publicación de su mamotreto y alcanzar así “esta gloria de cronista”.

En México, cuando el poderío indígena amenaza el campamento y el temor ronda los corazones, Hernán Cortés no encuentra mejor estímulo para sus hombres que prometerles en tono épico que allí ganarán más honra y gloria que ninguna generación hasta entonces.

Más tranquilo y político, mostrando su orgullo y su espíritu creador, Pedro de Valdivia escribe al rey que ha venido a Chile para dejar “memoria y fama de sí”.